



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 23 DE OCTUBRE DE 2022

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

Alas celestiales en la tierra

EL ÁNGEL DE LA GUARDA
CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

Mi hermano murió hace siete años. No debería decir "murió": se mató. Conducía un coche en carretera, el cual no era suyo. Se desbarrancó. Fue un domingo de madrugada, día del padre. Venía de Durango a Monterrey a celebrar con la familia. Eso es lo que creemos. Creemos también que, ni la noche del viernes, ni la del sábado, pudo dormir. Un taquillero de la central de autobuses de Durango declaró que lo vio el viernes a mediodía, con su par de perritas, sin caja transportadora, simplemente amarradas con las correas. Quiso comprar un par de boletos para Monterrey, uno para llevar a las mascotas en el asiento junto a él. El taquillero le explicó que solo podían viajar en el compartimento de las maletas, dentro de una caja transportadora. Mi hermano dijo que iría a buscar una caja de cartón para meterlas ahí. Caminó a la oficina de maletas y preguntó por cajas. No le pudieron proporcionar ninguna. Desistió momentáneamente y esperó afuera de la central para tomar un taxi de regreso a su casa. Se situó junto a la salida de los autobuses. Cuando vio salir uno, lo detuvo. Se abrió la puerta del camión y le preguntó al chófer si se dirigía a Monterrey. Que no. Se dio por vencido. Consiguió el taxi y regresó a su departamento. Tal vez fue un mensaje de su Ángel de la Guarda, porque imagino pudo dormir un poco esa tarde, aunque no lo sé con certeza. Por la noche se dirigió al aeropuerto, otra vez con sus perritas, para intentar comprar un vuelo hacia Monterrey. No encontró disponibilidad para esa noche. Un policía federal dijo que él y su compañero lo encontraron sentado, junto a su propia backpack y con mascotas, recargado en una columna adentro del aeropuerto, con la mirada perdida. Le preguntaron qué llevaba en la mochila. Les dijo que una cámara fotográfica. Lo obligaron a mostrárselas. Luego dijeron que no podía permanecer allí, que debía retirarse. Salió a la calle y al ver un auto, pensó que se trataría de alguno de esos agentes que mi hermano imaginaba vigilan la ciudad cada vez que tiene un evento psicótico; y que lo trasladaría a su hogar. El conductor debió astuarse cuando un extraño abrió la puerta trasera de su auto sin problema. "¡No, no, no!", le suplicó el hombre y le pidió la cerrera. Así hizo mi hermano. También eso puedo imaginarlo. Entonces, pidió un taxi que lo acercó a su departamento. Y cuando estuvo a cuatro o cinco cuadras del destino, le pidió al conductor que se detuviera. Le diría que venían siguiéndolo para matarlo, por lo que debía arribar sigilosamente a casa, a escondidas, saltando la barda trasera del edificio, sin ser notado. El chófer describió la angustia del rostro de mi hermano como la de un animalito moribundo bajo un cielo abierto, pero repleto de zopilotes volando en círculo para devorarlo vivo.

Ese fin de semana, mi hermano realizó una llamada a Monterrey. Su número quedó registrado en la contestadora. Si alguien hubiera estado en casa para responder, se hubiera dado cuenta del delirio psicótico que estaba viviendo. Quizás habría podido hacer algo al respecto. Pero el destino no quería que



las cosas fueran así. A la mañana siguiente, busqué al veterinario de sus perritas (que eran como sus hijas, su par de compañeras en soledad). A llanto abierto, se las dejó encargadas. Le dije que ya no podía hacerse cargo de ellas ni liberar sus espíritus, todavía. El veterinario intentó obtener una explicación, pero mi hermano lo dejó atrás, con las correas en la mano.

No puedo imaginar qué hizo desde ese momento hasta el anochecer. Quizás dormí un poco, o tal vez estuve en vigilia observando transeúntes. Pero a las diez de la noche, intenté encender su auto. No pudo. La batería se había descargado. Era como si su Ángel de la Guarda le estuviera pidiendo no moverse de la ciudad. Entonces, se dirigió a la caja de seguridad que guardaba las llaves de los carros de los vecinos, junto a la caseta del guardia, y tomó unas que conocía. Caminé rumbo al estacionamiento: el guardia detrás de él. Mi hermano giró para hacerle una señal con los labios, indicándole que guardara silencio. Salió del edificio en el auto de alguien más. Toda la noche condujo buscando la carretera a Parral, pero solo daba giros rectangulares sin salir de Durango. Otra vez, su Ángel de la Guarda. Se mantuvo haciendo eso durante horas hasta que tuvo que cargar gasolina para llenar el tanque. Al amanecer, finalmente se encontró rumbo a Gómez Palacio.

En carretera, a 120 kilómetros por hora, alcanzó a distinguir lo que pensó era un convoy del ejército que intentaba interceptarlo. Aceleró poco a poco hasta los 180 kilómetros por hora y pudo alcanzar al líder. Puedo imaginar el sudor de las manos de mi hermano sobre el volante y la adrenalina de estar viviendo una aventura en una película de acción, y la angustia que le calentaba la sangre hasta devorarlo mentalmente, y su necesidad de sentirse libre de toda persecución. Lanzó el auto, lateralmente, contra el líder del convoy para sacarlo de la carretera. Ambos, el camión del ejército y el auto conducido por mi hermano volaron al precipicio a más de cien kilómetros por hora. No hubo sobrevivientes entre los militares. Mi hermano siempre fue difícil de cuidar.

EMBELESO POR EL CIELO
OLGA DE LEÓN G.

Cuando de pequeña iba a la iglesia, a esa casa en la que habitaba Dios, pero que me decían también estaba en todas partes, yo me preguntaba por qué si lo sentía en mi corazón no podía verlo. "¿En dónde estás, señor dios? Acaso, ¿no me escuchas si solo te pienso y te hablo quedito, para que nadie más sepa lo que quiero decirte?"

Tuvieron que pasar varios años para que aquella niña obtuviera una respuesta. Pero la tuvo. Y varias veces platicó con Él.

Una de ellas fue cuando le cuestionó sobre sus apariciones en sueños. ¿Por qué solo me visitas mientras duermo? ¿Por qué no puedo verte cuando voy a misa con mi hermanito y mi madre? En dónde estás entonces... Será que son muchos los que te buscan y, ¿no alcanzas a llegar hasta mí? Aquí sigo diosito.

Dónde está mi hermanita, la que nació antes que yo, la que se murió sin que la conociera. Quiero verla, quiero saber si a ella también le hago falta. Todos hablan de lo hermosa y buena que fue mientras estuvo entre los vivos en la tierra. Nunca podré igualarla... Ahora menos, ella es un ángel, un angelito del cielo... y yo una simple mortal que habla con ella, aunque no sé si me escucha, pues nunca me ha contestado, ni la he visto en mis sueños.

Pero, sí recuerdo con mucha claridad, como si hoy lo estuviera viviendo, cuando por las noches, especialmente las de verano o primavera, desde la ventana que había en el cuarto, detrás de la cabecera de mi camita, me colocaba de rodillas y desde allí miraba por horas hacia el cielo. Quería contar las estrellas, mas nunca lo lograba, eran demasiadas...

Y luego, de pronto aparecían unas que volaban, pasaban cual saetas o ráfagas de cohetes y desaparecían, eran las estrellas fugaces, las que cumplían los deseos de los enamorados y de quienes tenían la suerte de estar viendo el cielo cuando aparecían esas, las efímeras o poco duraderas, en el firmamento.

Mi embeleso por el cielo empezó desde que tuve conciencia, como a los tres o cuatro años. Aunque mi madre me contaba que mucho antes... Yo no lo sé, no de cierto. A mi madre también le gustaba contarnos cuentos, o pequeñas mentiras inocentes con las que nos enseñaba algo, un principio de buena conducta o algo que nunca debíamos hacer si pretendíamos agradarle a Dios y todo su séquito de ángeles.

Siempre creí que yo tenía un ángel de mi guarda... pero no uno como otro cualquiera. No, el mío era más grande, más bello, más bueno... Era uno que hacía magia y se metía debajo de mi cama o se quedaba arremolinado en un sillón junto a mí, o si más no había, se estaba toda la noche sentadito a un lado, cerca de la cabecera.

Así, por la mañanita, al despuntar el primer rayito de sol, el más tenue de todos, volaba: se iba y volvía si lo llamaba... aunque creo que venía todos los días y las noches sin que yo lo buscara... Me acompañaba al colegio, me ayudaba a cruzar las calles y me dejaba a la entrada de mi salón; varias veces me salvó de que me robaran o secuestraran, qué se yo. Aquel día especial, día único e irrepetible en nuestra historia, la de mi hermanito y mía, vimos a nuestro querido perro Oso, que se había ido de casa (según nos contaron nuestros padres; pero, que en realidad había sido sacrificado al contagiarse de rabia). Ese día, supimos a ciencia cierta y sin duda alguna, que Dios sí existía. Y que nuestros ángeles de la guarda, nos permitieron ver al Oso una vez más.

Mi embeleso por el cielo sigue intacto, aunque ahora sé que puede ser astronómico... no solo filósofo y contadora de historias y cuentos.



Théophile Gautier

Francia, 1811 - París, 1872
Escritor francés. Fue director de la *Révue de Paris* y de *L'Artiste*. Antes de decantarse por la poesía se dedicó a la pintura y frecuentó los ambientes bohemios de París. Defensor del movimiento romántico encabezado por Victor Hugo, cultivó los géneros más diversos. En el campo de la novela destacan *Mademoiselle de Maupin* (1835), que contenía un prólogo en el que defendía la concepción del arte por el arte, y *El capitán Fracasse* (1863), en la que con vivo colorido y humor narra las aventuras de una compañía de comediantes. De entre sus obras líricas cabe mencionar *Esmaltes y camafleos* (1852), que sirvió de inspiración a los poetas parnasianos; se trata de un conjunto de poemas breves que recogen la rápida impresión causada en el autor por un paisaje o un sentimiento. Un sutil juego de imágenes y una muy elaborada concisión técnica constituyen los mayores logros de estos poemas. Escribió asimismo novela histórica (*La novela de la momia*, 1858) y relatos de viajes. Cultivó, por último, el ensayo de crítica literaria en *Historia del Romanticismo* (1874), y el de arte en *Las bellas artes en Europa* (1855).

Introducido en los medios románticos por Gérard de Nerval, quien lo presentó a Victor Hugo, el poeta y novelista francés Théophile Gautier se sitúa en el cruce de las corrientes literarias del siglo XIX. Partiendo del romanticismo, se convertiría en alguna medida en fundador del parnasianismo e inspirador de la generación de poetas de 1850, entre los cuales se contaba Charles Baudelaire. Nacido en una familia realista, fue llevado a la capital de Francia a la edad de tres años; allí hizo sus estudios, y fue siempre parisiense por sus gustos, maneras y espíritu.

Sus primeras obras, agrupadas bajo el título de *Primeras poesías*, aparecieron en plena revolución de julio de 1830, razón por la cual pasaron desapercibidas. El mismo año asistió a la famosa batalla desatada por el estreno de *Hernani*, de Victor Hugo, ataviado con un chaleco rojo rabioso que produjo estupor entre los buenos burgueses. Junto con Gérard de Nerval se convirtió en el alma del círculo de la Rue du Doyenné, en el que artistas y literatos, de pleno acuerdo para "épater les bourgeois", alardeaban de un dandismo teñido de rojo satánico y gestaban las bases de la nueva doctrina estética destinada a convertirse en inspiradora de los parnasianos. En 1832 publicó *Albertus, ou l'Âme et le péché*, poema impregnado de un romanticismo a lo Byron, al mismo tiempo que sus primeros cuentos: *La Cafetière* (1831) y *Onofre Gizon* (1832), donde hacía uso de elementos fantásticos, a la manera de E.T.A. Hoffmann.

A partir de 1836, Gautier se alejó del medio bohemio de sus años de juventud. Llevó una vida amorosa inestable.

En 1845 publicó sus *Poesías completas*, y ese mismo año formó parte del "club des hachichins", donde conoció a Charles Baudelaire, quien doce años después le dedicó *Las flores del mal* y que le inspiró el ensayo *Le Club des hachichins* (1846). De producción constante pero irregular, Gautier publicó en 1844 *Los grotescos*, estudios sobre antiguos autores franceses, y en 1852, su famosa colección de poesía *Esmaltes y camafleos*. Expresó su veta fantástica en obras como *Le pied de momie* (1840), *Arria Marcella* (1852), *Avatar* (1856) y *Jettatura* (1856), así como en *Spirit*, su última gran obra de ficción.

A pesar de ser el bibliotecario de la princesa Mathilde, prima de Napoleón III, Gautier no obtuvo el reconocimiento oficial que esperaba y murió en 1872.

ad pédem literae

Genio es aquel que, en todo instante, sabe plasmar en hechos sus pensamientos.

Théophile Gautier

Letras de buen humor

El azar es el seudónimo de Dios cuando no quiere firmar

Théophile Gautier

Mónica Lavín

Los extraviados

María de Alva y su interesante novela *Un corazón extraviado* (Harper Collins, 2022) me recordaron el libro de Pedro Garfías que estubo en casa de mis padres y que yo creía tener en algún lugar. La novela de la autora regiomontana que antes publicó *Lo que guarda el río*, Antes del olvido y a través de la ventana recupera al poeta olvidado de la generación del 27.

Garfías llegó exiliado a México, murió en Monterrey, nació en Andalucía y pasó su vida como estudiante, poeta y librero en Madrid, amigo de Alberti y de Lorca. Testigo de ese momento efervescente de la España que entraba en la modernidad de los años 30 cuando las *Sinsombros* —Margarita Manso, Maruja Mallo, María Teresa León, entre otras mujeres artistas apenas recuperadas; la propia Dehly Tejero, pintora que fue pareja del poeta— buscaban expresarse en el arte y despojarse del sombrero.

En una suerte de cajas chinas, la autora narra el periplo alrededor de su condición cardíaca, tener el corazón en el lado izquierdo del cuerpo, entreverada con la investigación sobre la época y vida de Garfías y la investigación médica sobre la dextrocardia e intercala la novela en primera persona desde Garfías, que da cuenta de su vida. Dos voces, la autora y

el poeta, con registros diferentes. Recorremos las evaluaciones e intervenciones médicas y el sentido de ellas en la vida de la autora y acompañamos a Garfías en su querer ser poeta, su timidez, su alcoholismo, su marginalidad por su condición económica, el exilio en Francia pasando por la barbarie en que los tuvieron a pie de playa, hasta la protección del lord inglés que ofrecía techo y dinero para que los perseguidos políticos pudieran salvarse y escribir, hasta su llegada a México con su mujer andaluza conservadora (una relación que estaba destinada a fracasar pero no exenta de tintes de solidaridad y amor).

La autora y Garfías coinciden en la extinta librería Cosmos en Monterrey. Mientras ella busca libros en la adolescencia, el fantasma de Garfías desde la planta alta (era amigo del librero) le provoca la necesidad de escribir esta historia años después. Como consigna la propia autora en la voz de Gabriel Zaid: "Una de las cosas que hacen importante a Monterrey es que Pedro Garfías haya andado por aquí". María de Alva me cuenta que fue al cementerio a poner flores en su tumba.

En esta novela hecha de varias gudejas que se entreveran, el mar tiene voz y está por encima de las "Observaciones que a nadie le importan" (a mí sí) que la



autora consigna para que sea desde el corazón de la escritura donde Garfías y María de Alva acomodan sus corazones extraviados. Después de leer la novela, uno quiere escuchar a Víctor Manuel cantando "Asturias", ese poema de Garfías que le da voz colectiva y lo eterniza por encima de ser el olvidado de la generación del 27. Justo ayer, antes de escribir estas palabras, apareció el

extraviado en mi librero con sus hojas amarillentas en una edición que sólo acusa: Guadalajara 1953. En Río de aguas amargas está este poema que tanto me gusta y que empieza así: La palabra se rebela./ Si no la cuidas se escapa,/ porque tiene su querencia... /La palabra busca siempre su querencia. Después de leer a María de Alva y de releer a Garfías me queda muy claro.